

Jueves Santo

- **DEL MISAL MENSUAL** (www.laverdadcatolica.org)
- **BIBLIA DE NAVARRA** (www.bibliadenavarra.blogspot.com)
- **SAN AGUSTÍN** (www.homiletica.com.ar)
- **FRANCISCO – Homilía del 28 de marzo de 2013**
- **PALABRA Y VIDA** (www.palabrayvida.com.ar)
- **BIBLIOTECA ALMUDÍ** (www.almudi.org)
 - Homilía con textos de homilías pronunciadas por S.S. Juan Pablo II
 - Homilía a cargo de D. Justo Luis Rodríguez Sánchez de Alva
 - Homilía basada en el Catecismo de la Iglesia Católica
- **HABLAR CON DIOS** (www.hablarcondios.org)
- **FLUVIUM** (www.fluvium.org)
- **Mons. Josep Àngel SAIZ i Meneses Obispo de Terrassa (Barcelona)** (www.evangelinet.net)

En la homilía se exponen los grandes hechos que se recuerdan en esta misa, es decir, la institución de la Sagrada Eucaristía y del Orden Sacerdotal y el mandato del Señor sobre la caridad fraterna.

DEL MISAL MENSUAL (www.laverdadcatolica.org)

DE AMOS Y SIRVIENTES.

La verdadera razón para optar por el servicio para nosotros los cristianos se deriva del relato de la Última Cena. Jesús vivió durante toda su vida como un servidor. No vivía para sí, sino para los demás. Su palabra, los poderes extraordinarios que el Padre le había otorgado, y todas sus habilidades las había empeñado al mismo propósito: atender las necesidades y carencias de sus hermanos. El gesto final no es una acción aislada, es el momento culminante que corona una existencia vivida de forma ministerial, es decir, como un sirviente que libremente decide servir. Jesús trato de resquebrajar los prejuicios y los estereotipos de los Doce, según los cuales los inferiores en rango, tenían que dar y no recibir servicios. Por eso la protesta y el escándalo de Pedro, al momento que Jesús le lava los pies. Servir no es algo denigrante para quien lo hace, antes bien, es la acción que lo ennoblece. En una sociedad que defiende los propios privilegios y cuestiona los ajenos, resulta.

Misa vespertina de la Cena del Señor

Según una antiquísima tradición de la Iglesia, en este día se prohíben todas las Misas sin asistencia del pueblo.

En la tarde, a la hora más oportuna, se celebra la Misa de la Cena del Señor, con la participación de toda la comunidad local y con la intervención, según su propio oficio, de todos los sacerdotes y ministros.

Los sacerdotes que hayan celebrado ya en la Misa del Santo Crisma o por alguna razón pastoral, pueden concelebrar en la Misa vespertina. Donde lo pida el bien de la comunidad, el Ordinario del lugar puede permitir que se celebre otra Misa en la tarde en templos u oratorios públicos o semipúblicos; y en caso de verdadera necesidad, aun en la mañana, pero solamente en favor de los fieles que de ninguna manera puedan asistir a la Misa de la tarde. Téngase cuidado, sin embargo, de que estas celebraciones no se hagan en provecho de personas particulares y de que no sean en perjuicio de la asistencia a la Misa vespertina principal. La sagrada Comunión se puede distribuir a los fieles sólo dentro de la Misa; pero a los enfermos se les puede llevar a cualquier hora del día.

Los fieles que hayan comulgado en la mañana en la Misa del Santo Crisma, pueden comulgar de nuevo en la Misa de la tarde.

RITOS INICIALES Y LITURGIA DE LA PALABRA

PRIMERA LECTURA

1. El sagrario debe estar completamente vacío. Conságrense en esta Misa suficientes hostias, de modo que alcancen para la Comunión del clero y del pueblo, hoy y mañana.

ANTÍFONA DE ENTRADA (Cfr. Ga 6, 14)

Que nuestro único orgullo sea la cruz de nuestro Señor Jesucristo, porque en Él tenemos la salvación, la vida y la resurrección, y por Él hemos sido salvados y redimidos.

2. Se dice Gloria. Mientras se canta este himno, se tocan las campanas. Terminado el canto, las campanas no vuelven a tocarse hasta la Vigilia Pascual, a no ser que la Conferencia Episcopal o el Ordinario dispongan otra cosa.

ORACIÓN COLECTA

Dios nuestro, que nos has reunido para celebrar aquella Cena en la cual tu Hijo único, antes de entregarse a la muerte, confió a la Iglesia el sacrificio nuevo y eterno, sacramento de su amor, concédenos alcanzar por la participación en este sacramento, la plenitud del amor y de la vida. Por nuestro Señor Jesucristo...

LITURGIA DE LA PALABRA

PRIMERA LECTURA

Prescripciones sobre la cena pascual.

Del libro del Éxodo: 12, 1-8. 11-14

En aquellos días, el Señor les dijo a Moisés y a Aarón en tierra de Egipto: “Este mes será para ustedes el primero de todos los meses y el principio del año. Díganle a toda la comunidad de Israel: ‘El día diez de este mes, tomará cada uno un cordero por familia, uno por casa. Si la familia es demasiado pequeña para comérselo, que se junte con los vecinos y elija un cordero adecuado al número de personas y a la cantidad que cada cual pueda comer. Será un animal sin defecto, macho, de un año, cordero o cabrito.

Lo guardarán hasta el día catorce del mes, cuando toda la comunidad de los hijos de Israel lo inmolará al atardecer. Tomarán la sangre y rociarán las dos jambas y el dintel de la puerta de la casa

donde vayan a comer el cordero. Esa noche comerán la carne, asada a fuego; comerán panes sin levadura y hierbas amargas. Comerán así: con la cintura ceñida, las sandalias en los pies, un bastón en la mano y a toda prisa, porque es la Pascua, es decir, el paso del Señor.

Yo pasaré esa noche por la tierra de Egipto y heriré a todos los primogénitos del país de Egipto, desde los hombres hasta los ganados. Castigaré a todos los dioses de Egipto, yo, el Señor. La sangre les servirá de señal en las casas donde habitan ustedes. Cuando yo vea la sangre, pasaré de largo y no habrá entre ustedes plaga exterminadora, cuando hiera yo la tierra de Egipto.

Ese día será para ustedes un memorial y lo celebrarán como fiesta en honor del Señor. De generación en generación celebrarán esta festividad, como institución perpetua”⁴. **Palabra de Dios.**

SALMO RESPONSORIAL

Del salmo 115 R/. Gracias, Señor, por tu sangre que nos lava.

¿Cómo le pagaré al Señor todo el bien que me ha hecho? Levantaré el cáliz de salvación e invocaré el nombre del Señor. **R/.**

A los ojos del Señor es muy penoso que mueran sus amigos. De la muerte, Señor, me has librado, a mí, tu esclavo e hijo de tu esclava. **R/.**

Te ofreceré con gratitud un sacrificio e invocaré tu nombre. Cumpliré mis promesas al Señor ante todo su pueblo. **R/.**

SEGUNDA LECTURA

Cada vez que ustedes comen de este pan y beben de este cáliz, proclaman la muerte del Señor.

De la primera carta del apóstol san Pablo a los corintios: 11, 23-26

Hermanos: Yo recibí del Señor lo mismo que les he transmitido: que el Señor Jesús, la noche en que iba a ser entregado, tomó pan en sus manos, y pronunciando la acción de gracias, lo partió y dijo: “Esto es mi cuerpo, que se entrega por ustedes. Hagan esto en memoria mía”.

Lo mismo hizo con el cáliz después de cenar, diciendo: “Este cáliz es la nueva alianza que se sella con mi sangre. Hagan esto en memoria mía siempre que beban de él”.

Por eso, cada vez que ustedes comen de este pan y beben de este cáliz, proclaman la muerte del Señor, hasta que vuelva. **Palabra de Dios.**

ACLAMACIÓN (Jn 13, 34) R/. Honor y gloria a ti, Señor Jesús.

Les doy un mandamiento nuevo, dice el Señor, que se amen los unos a los otros, como yo los he amado. **R/.**

EVANGELIO

Los amó hasta el extremo.

Del santo Evangelio según san Juan: 13, 1-15

Antes de la fiesta de la Pascua, sabiendo Jesús que había llegado la hora de pasar de este mundo al Padre y habiendo amado a los suyos, que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo.

En el transcurso de la cena, cuando ya el diablo había puesto en el corazón de Judas Iscariote, hijo de Simón, la idea de entregarlo, Jesús, consciente de que el Padre había puesto en sus manos todas las cosas y sabiendo que había salido de Dios y a Dios volvía, se levantó de la mesa, se quitó el manto y

tomando una toalla, se la ciñó; luego echó agua en una jofaina y se puso a lavarles los pies a los discípulos y a secárselos con la toalla que se había ceñido.

Cuando llegó a Simón Pedro, éste le dijo: “Señor, ¿me vas a lavar tú a mí los pies?” Jesús le replicó: “Lo que estoy haciendo tú no lo entiendes ahora, pero lo comprenderás más tarde”. Pedro le dijo: “Tú no me lavarás los pies jamás”. Jesús le contestó: “Si no te lavo, no tendrás parte conmigo”. Entonces le dijo Simón Pedro: “En ese caso, Señor, no sólo los pies, sino también las manos y la cabeza”. Jesús le dijo: “El que se ha bañado no necesita lavarse más que los pies, porque todo él está limpio. Y ustedes están limpios, aunque no todos”. Como sabía quién lo iba a entregar, por eso dijo: ‘No todos están limpios’.

Cuando acabó de lavarles los pies, se puso otra vez el manto, volvió a la mesa y les dijo: “¿Comprenden lo que acabo de hacer con ustedes? Ustedes me llaman Maestro y Señor, y dicen bien, porque lo soy. Pues si yo, que soy el Maestro y el Señor, les he lavado los pies, también ustedes deben lavarse los pies los unos a los otros. Les he dado ejemplo, para que lo que yo he hecho con ustedes, también ustedes lo hagan”. **Palabra del Señor.**

3. En la homilía se exponen los grandes hechos que se recuerdan en esta Misa, es decir, la institución de la Sagrada Eucaristía y del Orden Sacerdotal y el mandato del Señor sobre la caridad fraterna. Después de la homilía, donde lo aconseje el bien pastoral, se lleva a cabo el lavatorio de los pies.

LAVATORIO DE LOS PIES

4. Los varones designados para el rito van, acompañados por los ministros, a ocupar los asientos preparados para ellos en un lugar visible.

El celebrante, quitada la casulla si es necesario, se acerca a cada una de las personas designadas y, con la ayuda de los ministros, les lava los pies y se los seca.

5. Mientras tanto, se canta alguna de las siguientes antífonas o algún canto apropiado.

ANTÍFONA PRIMERA (Cfr. Jn 13, 4. 5. 15)

El Señor se levantó de la mesa, echó agua en un recipiente y se puso a lavar los pies de sus discípulos para darles ejemplo.

ANTÍFONA SEGUNDA (Jn 13, 6. 7. 8)

Señor, ¿pretendes tú, lavarme a mí los pies?

Jesús le respondió:

Si no te lavo los pies, no tendrás nada que ver conmigo.

V. Fue Jesús hacia Simón Pedro y éste le dijo:

— Señor...

V. Lo que yo estoy haciendo, tú no lo entiendes ahora; lo entenderás más tarde.

— Señor...

ANTÍFONA TERCERA (Cfr. Jn 13, 14)

Si yo, que soy el Maestro y el Señor, les he lavado los pies, ¡con cuánta mayor razón ustedes deben lavarse los pies unos a otros!

ANTÍFONA CUARTA (Jn 13, 35)

En esto reconocerán todos que ustedes son mis discípulos: en que se amen los unos a los otros.

V. Jesús dice a sus discípulos:

— En esto reconocerán todos...

ANTÍFONA QUINTA (Jn 13, 34)

Este nuevo mandamiento les doy: que se amen los unos a los otros, como yo los he amado, dice el Señor.

ANTÍFONA SEXTA (1 Co 13, 13)

Que permanezcan en ustedes la fe, la esperanza y el amor; pero la mayor de estas tres virtudes es el amor.

V. Ahora tenemos la fe, la esperanza y el amor; pero la mayor de estas tres virtudes es el amor.

— Que permanezcan...

6. Inmediatamente después del lavatorio de los pies o, si éste no tuvo lugar, después de la homilía, se hace la Oración universal.

No se dice Credo.

LITURGIA EUCARÍSTICA

7. Al comienzo de la Liturgia Eucarística, puede organizarse una procesión de los fieles, en la que se lleven dones para los pobres. Mientras tanto, se canta el siguiente himno “Ubi caritas est vera” (A Dios siempre lo encontramos donde hay amor) u otro cántico apropiado.

Ant. A Dios siempre lo encontramos donde hay amor.

El amor de Jesucristo nos ha unido, ha llenado nuestras almas de alegría. Abstengámonos, por lo tanto, de ofenderlo y aprendamos a encontrarlo en nuestro hermano.

Ant. A Dios siempre lo encontramos donde hay amor.

Ya que estamos en Cristo congregados, que ya nada pueda nunca separarnos. Cesen ya los rencores y las guerras, y que en Cristo nos miremos como hermanos.

Ant. A Dios siempre lo encontramos donde hay amor.

Haz que todos merezcamos en el cielo, con los ángeles y santos, ver tu rostro. Cumpliremos así todo nuestro anhelo, y darás a nuestras almas gozo eterno. Amén.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Concédenos, Señor, participar dignamente en esta Eucaristía, porque cada vez que celebramos el memorial de la muerte de tu Hijo, se realiza la obra de nuestra redención. Por Jesucristo, nuestro Señor.

PREFACIO I DE LA EUCARISTÍA

En verdad es justo y necesario, es nuestro deber y fuente de salvación darte gracias y alabarte siempre y en todo lugar, Señor, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno, por Cristo, Señor nuestro.

El cual, verdadero y eterno sacerdote, al instituir el sacramento del sacrificio perdurable, se ofreció a ti como víctima salvadora, y nos mandó que lo ofreciéramos como memorial suyo.

Cuando comemos su carne, inmolada por nosotros, quedamos fortalecidos; y cuando bebemos su sangre, derramada por nosotros, quedamos limpios de nuestros pecados.

Por eso, con los ángeles y los arcángeles y con todos los coros celestiales, cantamos sin cesar el himno de tu gloria: Santo, Santo, Santo...

Si se usan las Plegarias eucarísticas II o III, nótese la referencia que se hace de esta Misa.

ANTÍFONA DE LA COMUNIÓN (1 Co 11, 24. 25)

Éste es mi Cuerpo, que se da por ustedes. Este cáliz es la nueva alianza establecida por mi Sangre; cuantas veces lo beban, háganlo en memoria mía, dice el Señor.

8. Después de distribuir la Comunión, se deja sobre el altar un copón con hostias para la Comunión del día siguiente, y se termina la Misa con esta oración.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Señor, tú que nos permites disfrutar en esta vida de la Cena instituida por tu Hijo, concédenos participar también del banquete celestial en tu Reino. Por Jesucristo, nuestro Señor.

TRASLACIÓN DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO

9. Dicha la oración después de la Comunión, el sacerdote, de pie ante el altar, pone incienso en el incensario y, arrodillado, inciensa tres veces al Santísimo Sacramento. Enseguida recibe el paño de hombros, toma en sus manos el copón y lo cubre con las extremidades del paño.

10. Se forma entonces la procesión para llevar al Santísimo Sacramento a través del templo, hasta el sitio donde se le va a guardar. Va adelante un acólito con la cruz alta; otros acólitos acompañan al Santísimo Sacramento con ciriales e incienso. El lugar de depósito debe estar preparado en alguna capilla convenientemente adornada. Durante la procesión, se canta el himno “Pange lingua” (excepto las dos últimas estrofas) o algún otro canto eucarístico.

11. Al llegar la procesión al lugar donde va a depositarse el Santísimo Sacramento, el sacerdote deposita el copón y, poniendo de nuevo incienso en el incensario, lo inciensa arrodillado, mientras se canta la parte final del himno “Tantum ergo”. Enseguida se cierra el tabernáculo o la urna del depósito.

12. Después de unos momentos de adoración en silencio, el sacerdote y los ministros hacen genuflexión y vuelven a la sacristía.

13. Enseguida se desnuda el altar y, si es posible, se quitan del templo las cruces. Si algunas no se pueden quitar, es conveniente que queden cubiertas con un velo.

14. Quienes asistieron a la Misa vespertina no están obligados a rezar Vísperas.

15. Exhórtese a los fieles, según las circunstancias y costumbres del lugar, a dedicar alguna parte de su tiempo, en la noche, a la adoración delante del Santísimo Sacramento. Esta adoración, después de la media noche, hágase sin solemnidad.

BIBLIA DE NAVARRA (www.bibliadenavarra.blogspot.com)

El cordero pascual (Ex 12,1-8.11-14)

1ª lectura

El acontecimiento de la liberación de la esclavitud de Egipto es tan importante que va a marcar el inicio del cómputo del tiempo (v.2). En la historia de Israel aparecen dos tipos de calendario, ambos lunares: uno que comienza el año en otoño, después de la fiesta de las Semanas (cfr 23,16; 34,22), y otro que lo comienza en primavera, entre marzo y abril. Probablemente este segundo calendario prevaleció por mucho tiempo, pues sabemos que el primer mes, llamado Abib (primavera) (cfr 13,4; 23,18; 34,18), en la época post-exílica (a partir del siglo VI a.C.) se le denomina con el nombre babilónico de Nisán (Ne 2,1; Est 3,7). De todas maneras, señalar este mes como el primero es un modo de dar realce al acontecimiento que se va a conmemorar.

En este discurso del Señor están contenidas una serie de normas para celebrar la Pascua y los acontecimientos que en ella se conmemoran; viene a ser un texto catequético-litúrgico que resume de modo admirable el sentido profundo de aquella fiesta.

En su origen, los ritos de la Pascua están en relación con una fiesta de pastores, que en primavera, cuando nacen los corderos y se inicia la trashumancia hacia los pastos de verano, ofrecían el sacrificio de una res recién nacida, y con su sangre realizaban un rito especial para impetrar la preservación y fecundidad de los rebaños. Sin embargo, esos ritos, al ser asumidos en la fiesta de la Pascua, adquieren una significación muy profunda y se cargan de sentido salvífico.

Así, «la comunidad» (v. 3) comprende a todos los israelitas organizados como comunidad religiosa para conmemorar el acontecimiento de mayor relieve de su historia, la liberación de la esclavitud.

La víctima será una res de ganado menor, sin defecto (v. 5) puesto que ha de ofrecerse a Dios. Untar las jambas y el dintel de la puerta con la sangre de la víctima (vv. 7.13) es parte esencial del rito y significa protección ante los peligros. El carácter sacrificial de la Pascua es esencial desde su origen.

El banquete (v. 11) es también imprescindible y el modo de llevarlo a cabo es muy apropiado para reflejar la urgencia que imponían las circunstancias: no se condimenta por falta de tiempo (v. 9); no se añaden más alimentos que el pan y las hierbas del desierto en señal de carencia; el atuendo y postura de los participantes, de pie y con sandalias y bastón, indica que están de camino. En la conmemoración litúrgica posterior estos detalles significan el «paso» del Señor entre los suyos.

Las normas prescritas sobre la Pascua conservan reminiscencias de antiquísimos ritos nómadas del desierto, donde no había sacerdote, ni templo ni altar. Cuando los israelitas estaban ya asentados en Palestina, continuó celebrándose en familia, manteniendo siempre el carácter de sacrificio, de banquete familiar y, muy especialmente, de memorial de la liberación llevada a cabo por el Señor aquella noche.

La solemnidad de las palabras con las que se cierra esta lectura (v. 14) da idea de la importancia que tuvo siempre la Pascua. Si los libros históricos (Josué, Jueces, Samuel y Reyes) apenas la mencionan es porque sólo aluden a los sacrificios del templo, y la Pascua se celebró siempre en familia. Cuando faltó el templo (siglo VI a.C.) la fiesta adquirió más relieve, como está atestiguado en textos bíblicos post-exílicos (cfr Esd 6,19-22; 2 Cro 30,1-27; 35,1-19) y en textos extrabíblicos como el famoso «Papiro pascual de Elefantina» (Egipto) del siglo V a.C. En tiempos de Jesús se celebraba un sacrificio pascual solemne en el Templo y el banquete pascual en familia.

Nuestro Señor eligió el contexto de Pascua para instituir la Eucaristía: «Al celebrar la última cena con sus apóstoles en el transcurso del banquete pascual, Jesús dio un sentido definitivo a la pascua judía. En efecto, el paso de Jesús a su Padre por su muerte y su resurrección, la Pascua nueva,

es anticipada en la Cena y celebrada en la Eucaristía que da cumplimiento a la pascua judía y anticipa el paso final de la Iglesia en la gloria del Reino» (*Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 1340).

Institución de la Eucaristía (1 Co 11,23-26)

2ª lectura

En la doctrina sobre la Eucaristía que aquí transmite San Pablo emerge la importancia de la Tradición apostólica (v. 23). Junto con los textos de Mt, Mc y Lc, los vv. 23-25 constituyen el cuarto relato de la institución de la Eucaristía que conserva el Nuevo Testamento. El texto contiene los puntos fundamentales de la fe cristiana sobre el misterio eucarístico: institución de este sacramento por Jesucristo, presencia real del Señor, institución del sacerdocio cristiano, y carácter sacrificial de la Eucaristía.

«Haced esto en conmemoración mía». Este mandato indica que la Eucaristía es recuerdo, renovación y actualización del sacrificio pascual del Calvario. La Iglesia ha visto en estas palabras la institución del sacerdocio cristiano: El Señor en la Última Cena «ofreció a Dios Padre su cuerpo y su sangre bajo las especies de pan y de vino, y bajo los símbolos de esas mismas cosas los entrego, para que los tomaran, a sus Apóstoles, a quienes entonces constituía sacerdotes del Nuevo Testamento, y a ellos y a sus sucesores en el sacerdocio les mandó –con las palabras: *Haced esto en conmemoración mía*– que los ofrecieran. Así lo entendió y enseñó siempre la Iglesia» (Conc. de Trento, *De SS. Missae sacrificio*, cap. 1; cfr can. 2).

Los amó hasta el fin (Jn 13,1-15)

Evangelio

El capítulo comienza señalando la importancia del momento. La Pascua, que conmemoraba la liberación de la esclavitud del pueblo hebreo de la opresión del Faraón, era figura de la obra que Jesucristo venía a realizar: redimir a los hombres de la esclavitud del pecado, mediante su sacrificio en la cruz. La Pascua, explica San Beda, «en sentido místico significa que el Señor habría de pasar de este mundo al Padre, y que siguiendo su ejemplo, los fieles, desechados los deseos temporales y la servidumbre de los vicios por el continuo ejercicio de las virtudes, deben pasar a la patria celeste prometida» (*In Ioannis Evangelium expositio, ad loc.*).

Jesús sabía cuánto iba a ocurrir y que su muerte y resurrección eran inminentes (cfr 18,4); por eso, sus palabras adquieren un tono especial de confianza y amor hacia aquellos que dejaba en el mundo: «El mismo Señor quiso dar a aquella reunión tal plenitud de significado, tal riqueza de recuerdos, tal conmoción de palabras y de sentimientos, tal novedad de actos y de preceptos, que nunca terminaremos de meditarlos y explorarlos. Es una cena testamentaria; es una cena afectuosa e inmensamente triste, al tiempo que misteriosamente reveladora de promesas divinas, de visiones supremas. Se echa encima la muerte, con inauditos presagios de traición, de abandono, de inmolación; la conversación se apaga enseguida, mientras la palabra de Jesús fluye continua, nueva, extremadamente dulce, tensa en confianzas supremas, cerniéndose así entre la vida y la muerte» (Pablo VI, *Homilía Jueves Santo*, 27-III-1975).

Lo que Cristo hizo por los suyos puede resumirse en la frase «los amó hasta el fin» (v. 1). Indica la intensidad del amor de Cristo que llega hasta dar su vida. Es más, ese amor no termina con su muerte porque Él vive, y desde su resurrección gloriosa nos sigue amando infinitamente. «El “amor hasta el extremo” (Jn 13,1) es el que confiere su valor de redención y de reparación, de expiación y de satisfacción al sacrificio de Cristo. Nos ha conocido y amado a todos en la ofrenda de su vida (...). Ningún hombre aunque fuese el más santo estaba en condiciones de tomar sobre sí los

pecados de todos los hombres y ofrecerse en sacrificio por todos. La existencia en Cristo de la persona divina del Hijo, que al mismo tiempo sobrepasa y abraza a todas las personas humanas, y que le constituye Cabeza de toda la humanidad, hace posible su sacrificio redentor por todos» (*Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 616).

En el lavatorio de los pies, el Señor se humilla realizando una tarea propia de los esclavos de la casa. El pasaje recuerda el himno de la *Carta a los Filipenses*: «Cristo Jesús... siendo de condición divina... se anonadó a sí mismo tomando la forma de siervo...» (Flp 2,6-7). Lavar los pies a sus discípulos tenía un profundo significado que San Pedro no podía entender entonces. Jesús, mediante aquel gesto, expresaba de modo sencillo y simbólico que no había «venido a ser servido, sino a servir», y que su servicio consistía en «dar su vida en redención de muchos» (Mc 10,45). Así da a entender a los Apóstoles, y en ellos a todos los que después formarían la Iglesia, que el servicio humilde a los demás hace al discípulo semejante al Maestro. «Si, por consiguiente, a la luz de esta actitud de Cristo se puede verdaderamente “reinar” sólo “sirviendo”, a la vez, el “servir” exige tal madurez espiritual que es necesario definirla como el “reinar”» (Juan Pablo II, *Redemptor hominis*, n. 21).

SAN AGUSTÍN (www.homiletica.com.ar)

El lavatorio de los pies

Ya hemos expuesto, como pudimos, con la ayuda de Dios, a la consideración de Vuestra Caridad las palabras dichas por el Señor cuando lavaba los pies a sus discípulos: *Quien está lavado, sólo necesita lavar los pies y queda - todo limpio*. Veamos ahora las siguientes: *Y vosotros estáis limpios, pero no todos*. Saliendo al paso de nuestras preguntas, el mismo evangelista nos lo aclaró, diciendo: *Porque sabía quién era el que le había de entregar, por eso dijo: No todos estáis limpios*. Nada más claro. Pasemos adelante.

Después que les lavó los pies y volvió a tomar sus vestidos, habiéndose recostado de nuevo, díjoles: ¿Sabéis lo que yo he hecho con vosotros? Ahora va a cumplir la promesa hecha al bienaventurado Pedro; la había diferido cuando a su asombro ya sus palabras: No me lavarás los pies jamás, respondió: Lo que yo hago, tú no lo comprendes ahora; después lo comprenderás. Ese después es ahora; ya llegó el tiempo de decir lo que había diferido. Acordándose, pues, el Señor de que había prometido el conocimiento de aquella su obra tan impensada, tan admirable, tan espantable, y que, de no ser por sus vehementes amenazas, no hubiera sido permitida, como Maestro, no sólo de ellos, sino también de los ángeles, y como Señor suyo y de todas las cosas, lavó los pies a sus discípulos y siervos, y comienza ahora a explicar el significado de obra tan admirable, el cual había prometido cuando dijo: Después lo sabrás.

Vosotros me llamáis Maestro y Señor, y decís bien, porque lo soy. Decís bien, porque decís la verdad: soy lo que decís. Del hombre está escrito: No te alabe tu lengua, sino la lengua de tu vecino. Quien debe huir de la soberbia, tiene peligro de complacerse en sí mismo. Pero quien está sobre todas las cosas, por mucho que se alabe, no sube más alto que está, ni puede con razón llamarse a Dios arrogante. No a Él, sino a nosotros nos es útil conocerle; y a El nadie le puede conocer, si El, que se conoce, no se nos manifiesta. Y si, por evitar la arrogancia, Él no se alabase, nos quitaría a nosotros la posibilidad de conocerle. Además, nadie reprende a un hombre, conocido como puro hombre, por llamarse maestro; pues confiesa que es lo que en ciertas artes profesan los hombres sin humos de arrogancia, llamándose profesores. En cuanto a llamarse Señor de sus discípulos, siendo ellos libres aún según el mundo, ¿quién toleraría esto en un hombre? Pero lo dice Dios. No hay en

esto elevación alguna de tan alta Majestad, ninguna tergiversación de la verdad. Útiles para nosotros estar sujetos a tanta grandeza, servir a la Verdad. Llamarse Señor no es en El un vicio, y para nosotros es un beneficio. Son muy encomiadas las palabras de un autor profano, que dijo: “Toda jactancia es odiosa, más la jactancia de la elocuencia y del ingenio es molestísima”; y, no obstante, hablando de su propia elocuencia, dice el autor: “La llamaría perfectas” por tal la tuviese, sin temor a ser tachado de arrogante por decir la verdad”. Si, pues, ese hombre elocuentísimo no temía ser arrogante diciendo la verdad, ¿cómo ha de temerlo la misma Verdad? Llámese Señor quien es Señor; diga la verdad quien es la Verdad, para que yo no deje de aprender lo que me es útil saber, si Él no dice lo que Él es. Y el santísimo Pablo, que ciertamente no era el unigénito Hijo de Dios, sino un siervo y apóstol del Hijo unigénito de Dios; que no era verdad, sino participante de la verdad, dice con libertad y con fortaleza: *Si quisiera gloriarme, no sería un necio, porque digo la verdad*. No se gloriaría de sí mismo, sino con verdad y humildemente se gloriaría en la verdad, que es superior a él, según el precepto de él mismo: Quien se gloria, gloriése en el Señor. De modo que no teme parecer necio un amante de la sabiduría gloriándose en ella, ¿y habría de parecerlo la misma Sabiduría en su gloria? No temió parecer arrogante aquel que dijo: *En el Señor será glorificada mi alma*, y ¿habría de temerlo en su propia gloria el poder del Señor, por el cual es glorificada el alma del siervo? *Vosotros*, dice, *me llamáis Señor y Maestro, y decís bien, pues lo soy*. Y porque lo soy, por eso decís bien; mas, si no fuese lo que decís, no diríais bien, aun cuando redundase en mi alabanza. ¿Cómo había de negar la Verdad lo que dicen los discípulos de la verdad? ¿Cómo Aquel de quien aprendieron había de negar lo que dicen quienes eso aprendieron? ¿Cómo ha denegar la fuente lo que manifiesta el que de ella bebe? ¿Cómo ha de ocultar la luz lo que el vidente anuncia?

“Si, pues, yo, dice, que soy vuestro Señor y Maestro, os he lavado los pies, también vosotros debéis lavaros los pies unos a otros. Ejemplo os he dado para que vosotros hagáis lo que yo he hecho con vosotros”. Esto es lo que tú, bienaventurado Pedro, no sabías cuando te resistías a que Él lo hiciera. Esto es lo que prometió que sabrías después, cuando para vencer tu resistencia te amenazó tu Señor y Maestro al lavarte los pies. De arriba, hermanos, hemos aprendido estas lecciones de humildad. Nosotros, despreciables, hagamos lo que humildemente hizo el Excelso. Divina es esta lección de humildad. También hacen esto visiblemente los hermanos que mutuamente se dan hospitalidad. Entre muchos existe la costumbre de ejercitar esta humildad, hasta el punto de ponerla por obra. Por eso el Apóstol, recomendando los méritos de una viuda santa, dice: *Si dio hospitalidad, si lavó los pies de los santos*. Y los fieles, entre quienes no existe la costumbre de hacerlo con sus manos, lo hacen con el corazón, si son del número de aquellos a los cuales se dice en el Cántico de los tres Varones: *Benedicid al Señor todos los santos y humildes de corazón*. Pero es mucho mejor y más conforme a la verdad si se ejecuta con las manos. No se desdeñe el cristiano de hacer lo que hizo Cristo. Cuando se inclina el cuerpo a los pies del hermano, se excita en el corazón, o, si ya estaba dentro, se robustece el amor a la humildad.

Pero, aparte de esta significación moral, recuerdo que, al recomendaros la excelencia de esta acción del Señor lavando los pies de los discípulos, ya lavados y limpios, os hablaba de que el Señor lo había hecho refiriéndose a los afectos humanos de quienes andamos por esta tierra, a fin de que sepamos que, por mucho que hayamos progresado en la justicia, no estamos exentos de pecado, del cual nos limpia después con su valimiento, cuando pedimos al Padre, que está en los cielos, que nos perdone nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores. Pero ¿cómo se aviene con este modo de entender esta acción la enseñanza que nos dio al explicar los motivos que le movieron a ejecutarla, diciendo: “Si, pues, yo, siendo vuestro Señor y Maestro, os he lavado los pies, también vosotros debéis lavaros los pies unos a otros. Os he dado ejemplo para que vosotros hagáis lo que yo he hecho con vosotros”? ¿Podremos decir que un hermano puede lavar a otro de pecado?

Aún más, nosotros mismos debemos sentirnos amonestados con esta obra excelsa del Señor, para que, confesándonos mutuamente nuestros pecados, oremos por nosotros, como Cristo intercede en favor nuestro. Clarísimamente nos lo manda el apóstol Santiago cuando dice: *Confesaos mutuamente vuestros delitos y orad por vosotros*. Este es el ejemplo que nos ha dejado el Señor. Y si aquel que no tiene, ni tuvo, ni puede tener pecado alguno, ora por nuestros pecados, ¿cuánto más nosotros debemos orar mutuamente por los nuestros? Y si nos perdona aquel a quien nada tenemos que perdonar, ¿cuánto más nos debemos perdonar mutuamente nosotros, que no podemos vivir aquí sin pecado? Pues ¿qué otra cosa parece dar a entender el Señor en este hecho tan excelente, cuando dice: “Os he dado ejemplo para que vosotros hagáis lo mismo que yo he hecho con vosotros”, sino lo que claramente dice el Apóstol: “Perdonándoos mutuamente si alguno tiene queja contra otro; así como el Señor os ha perdonado, así lo habéis de hacer también vosotros?” Perdonémonos, pues, unos a otros nuestros delitos y oremos mutuamente por nuestros pecados, y así, en cierta manera, lavemos nuestros pies los unos a los otros. Es deber nuestro ejercitar con su ayuda este ministerio de caridad y de humildad; y de su cuenta queda escucharnos y limpiarnos de todo contagio pecaminoso por Cristo y en Cristo, para que lo que perdonamos a otros, es decir, para que lo que desatamos en la tierra sea desatado en el cielo.

Tratados sobre el Evangelio de San Juan (t. XIV), Tratado 58, 1-5, BAC Madrid 1965, 265-70; 270-73.

FRANCISCO

Homilía en el Centro Penitenciario para Menores “Casal del Marmo”, Roma

28 de marzo de 2013

Esto es conmovedor. Jesús que lava a los pies a sus discípulos. Pedro no comprende nada, lo rechaza. Pero Jesús se lo ha explicado. Jesús –Dios– ha hecho esto. Y Él mismo lo explica a los discípulos: «¿Comprendéis lo que he hecho con vosotros? Vosotros me llamáis “el Maestro” y “el Señor”, y decís bien, porque lo soy. Pues si yo, el Señor y el Maestro, os he lavado los pies, también vosotros debéis lavaros los pies unos a otros: os he dado ejemplo para que lo que yo he hecho con vosotros, vosotros también lo hagáis» (*Jn 13,12-15*). Es el ejemplo del Señor: Él es el más importante y lava los pies porque, entre nosotros, el que está más en alto debe estar al servicio de los otros. Y esto es un símbolo, es un signo, ¿no? Lavar los pies es: «yo estoy a tu servicio». Y también nosotros, entre nosotros, no es que debamos lavarnos los pies todos los días los unos a los otros, pero entonces, ¿qué significa? Que debemos ayudarnos, los unos a los otros. A veces estoy enfadado con uno, o con una... pero... olvídalo, olvídalo, y si te pide un favor, hazlo. Ayudarse unos a otros: esto es lo que Jesús nos enseña y esto es lo que yo hago, y lo hago de corazón, porque es mi deber. Como sacerdote y como obispo debo estar a vuestro servicio. Pero es un deber que viene del corazón: lo amo. Amo esto y amo hacerlo porque el Señor así me lo ha enseñado. Pero también vosotros, ayudadnos: ayudadnos siempre. Los unos a los otros. Y así, ayudándonos, nos haremos bien. Ahora haremos esta ceremonia de lavarnos los pies y pensemos: que cada uno de nosotros piense: «¿Estoy verdaderamente dispuesta o dispuesto a servir, a ayudar al otro?». Pensemos esto, solamente. Y pensemos que este signo es una caricia de Jesús, que Él hace, porque Jesús ha venido precisamente para esto, para servir, para ayudarnos.

PALABRA Y VIDA (www.palabrayvida.com.ar)

La Eucaristía, pascua de la Iglesia

La liturgia de la palabra de esta Misa resulta esencial para la comprensión de todo el misterio pascual. No podemos de aquí saltar directamente al domingo de resurrección sin cerramos la posibilidad de comprender en qué consiste nuestra Pascua, es decir, la Pascua de la Iglesia. Porque la Pascua de la Iglesia es esencialmente la Eucaristía y esta noche nosotros celebramos justamente la institución de la Eucaristía.

Pablo, en la primera lectura, nos transmitió lo que él mismo recibió del Señor, es decir, la institución de la Cena como nueva alianza y como memorial de su muerte. Juan, en el Evangelio, nos conduce al mismo momento de la vida de Cristo y nos habla él también, a su modo, de la Eucaristía. Allí donde los sinópticos y Pablo ponen el signo –la Eucaristía–, él puso el significado; el amor hasta el final de Cristo por los suyos; la unidad y el servicio de los hermanos. Las palabras de Jesús que cierran el pasaje evangélico: “Como yo lo hice, háganlo ustedes”, constituyen otra manera de decir: “Hagan esto en memoria de mí”.

Cuando la familia hebrea se sentaba a la mesa para la cena pascual, el 14 Nisan, estaba prescripto que el hijo más joven dirigiera al padre la siguiente pregunta: *¿Qué significado tiene este rito?* (Ex. 12, 26). En el Cenáculo, tal vez fue Juan quien preguntó y Jesús quien respondió. También nosotros debemos planteamos la misma pregunta: ¿qué significa el rito de esta noche y qué significan los ritos que nos preparamos a repetir de nuevo este año, en ocasión de la Pascua? Cristo *fue entregado por nuestros pecados y resucitado para nuestra justificación* (Rom. 4, 25); pero una sola vez (*semel*); él no muere más, la muerte ya no tiene poder sobre él (Rom. 6, 9). ¿Qué es entonces lo que hacemos todos los años en Pascua? ¿Quizás algo falso, una ficción colectiva por la cual imaginamos que todavía él debe morir y resucitar? Lo que estamos a punto de hacer es la anamnesis, o la liturgia, de la historia; es el sacramento que actualiza el evento (Agustín, *Sermo* 220).

Esta anamnesis no es una invención del hombre, sino una institución de Cristo: “Haced esto en memoria de mí”; “Anuncien al Señor hasta que vuelva”. Es un memorial que atraviesa la historia desde la noche del éxodo evocada en la primera lectura, y que en el camino ha recogido todas las intervenciones de Dios (“*magnalia Dei*”), hasta la suprema y definitiva, acaecida a la altura de los años treinta de nuestra era con la muerte y resurrección de Cristo. Es una especie de eje alrededor del cual rotan no sólo los años, sino también las semanas y los días. En efecto, el memorial de la Pascua se desliza por la historia hacia el cumplimiento de la parusía con tres ritmos:

a) un ritmo cotidiano, y es la Eucaristía que se celebra cada día en la Iglesia: “la Pascua cotidiana”, la llamaba san Agustín;

b) un ritmo semanal, y es el recuerdo de la resurrección que se celebra cada domingo: “la pequeña Pascua”, como la llaman nuestros hermanos orientales;

c) un ritmo anual, y es la solemnidad de Pascua que nos aprestamos a vivir con toda la Iglesia.

Esta Pascua de la Iglesia tiene una estructura propia cuyos elementos esenciales son: los tiempos, los ritos y los misterios. Originariamente, todo estaba concentrado en una vigilia nocturna, precedida por algunos días de ayuno y seguida por un largo período de júbilo, el Pentecostés. La Pascua tenía en ese entonces una extraordinaria carga evocativa. No existían otras fiestas, de modo que toda la historia de la salvación, incluso el nacimiento de Cristo, revivía en ella y se desplegaba ante la mente de los cristianos, empujándolos hacia el entusiasmo. “Pascua grande y santa, yo te

hablo como a un ser viviente” (san Gregorio Nacianceno). Los cristianos reconocían en la Pascua la cuna donde había nacido la Iglesia, una cuna preparada desde la lejana noche del éxodo, vuelta a evocar en la primera lectura.

Más tarde, en el siglo IV, en el nuevo clima de libertad, los peregrinos que iban a Jerusalén para la Pascua comenzaron a distribuir los eventos de la pasión y a celebrarlos en los días y en los lugares precisos en que habían acaecido: la captura en el huerto; la cena en el Cenáculo, el jueves santo; la adoración de la Cruz en el Gólgota, el viernes; la vigilia de Pascua en la Iglesia de la *Anastasis*, prosiguiendo así hasta la ascensión, celebrada justamente en el monte desde el cual Jesús subió al cielo. Muy pronto, esta nueva praxis se difundió por toda la cristiandad y dio origen a la estructura tan rica y articulada de la Pascua que permaneció hasta hoy, aun con todas las reformas y los cambios de detalles.

Sin embargo, cuando se nos pregunta cuál es, entre tantos ritos, el esencial; cuál es el punto culminante de la Pascua litúrgica de la Iglesia, se termina por identificarlo siempre en un momento preciso: la celebración de la Eucaristía. Desde los orígenes, la Eucaristía que se celebraba con el canto del gallo, en la vigilia pascual, señalaba el momento del pasaje de la tristeza a la alegría, del ayuno a la fiesta. Era la gran “disolución” de la espera (*dyalisis*), como se la llamaba entonces. La Eucaristía, celebrada entre el tiempo en que Jesús todavía estaba en la tumba y el momento en que había salido de allí, era en verdad el memorial viviente de su muerte y de su resurrección. Era la Pascua misma de Cristo –su pasaje de la muerte a la vida–, que de la profundidad del pasado emergía en el hoy de la liturgia. Todo aparecía así comprendido entre un “ayer” y un “hoy”: “Ayer, se mataba al cordero...; hoy, hemos abandonado el Egipto. Ayer, yo estaba crucificado con Cristo, hoy, estoy glorificado con él. Ayer, estaba sepultado con él; hoy, he resucitado con él” (san Gregorio Nacianceno).

Hemos dicho que la Eucaristía es la actualización de la Pascua de Cristo. Es verdad, pero también es algo importantísimo: es la consagración de nuestra Pascua. Quien dice, en la Misa de Pascua, “Tomen y coman: éste es mi cuerpo ofrecido en sacrificio por ustedes”, ya no es sólo el Cristo-cabeza, es decir, el Jesús histórico que lo dijo la primera vez en el Cenáculo; es el Cristo total, cabeza y cuerpo; somos también nosotros. Es el “yo” de la Iglesia fusionado con el “yo” de Cristo que se ofrece a sí mismo en sacrificio. En la Eucaristía, nosotros ofrecemos un pan que hemos recibido de la bondad de Dios, pero que también es fruto de nuestro trabajo. Es ese conjunto de esfuerzo, de conversión, de fidelidad a la palabra de Dios y de sufrimiento, lo que constituye la pascua del hombre, su lento y laborioso *pasar de este mundo al Padre* (Jn. 13, 1).

Si lo deseamos, en esas palabras también hay lugar para nuestro “yo” indeciso; sólo hace falta tener el coraje de decir junto con Cristo, a los hermanos que nos rodean en la vida y en el trabajo: “Tomen, coman, esto es mi cuerpo ofrecido por ustedes”. Es decir, tomen mi tiempo, mi amistad, mi atención, mi capacidad, mi alegría: lo pongo todo a disposición de ustedes; quiero emplearlo no sólo para mí, sino también para ustedes. “Hagan esto en memoria de mí” significa: hagan ustedes también lo que hice yo. Juan lo dice abiertamente: *En esto hemos conocido el amor: en que él entregó su vida por nosotros. Por eso, también nosotros debemos dar la vida por nuestros hermanos* (1 Jn. 3, 16).

Es ésta la Eucaristía que crea a la comunidad y hace a la Iglesia, como una espiga crecida de aquel grano caído en la tierra y muerto, y que ha producido muchos frutos. Es ésta la Pascua de la Iglesia, con la cual nos aprestamos a celebrar la Pascua de Cristo y nuestra pascua.

BIBLIOTECA ALMUDÍ (www.almudi.org)

Homilía con textos de homilías pronunciadas por S.S. Juan Pablo II.

En la Misa “in coena Domini”, Jueves Santo, en San Juan de Letrán (16-IV-1992)

– Participación de la vida del Hijo

“El que coma vivirá por mí” (Jn 6,57).

Jesús pronunció estas palabras cerca de Cafarnaum, después de la multiplicación milagrosa de los panes.

La hora de la última cena. El “mandato” que viene del Padre se acerca a su cumplimiento. El “mandato” de la verdad: el Evangelio. El “mandato” de la vida. La vida, que está en Cristo, es la unidad del Padre y del Hijo en el Espíritu Santo. El hijo vive “mediante el Padre”. Vive “por el Padre”. Esta vida se ha hecho carne. Se ha convertido en la comunión del hombre con Cristo, Hijo del hombre. Para realizar la misión del Padre es necesario que esta vida -vida del Hijo- sea participada a los hombres: “El que coma vivirá por mí”.

La hora de la última cena. Ha llegado el tiempo de la revelación. Ha llegado el tiempo del discernimiento. El tiempo de la Pascua. En ella se cumplirá hasta el fondo el “mandato” que el Hijo ha recibido del Padre.

Los discípulos tienen ante los ojos del alma la primera pascua: el éxodo. El pueblo de Dios, por medio de la fuerza de Yahvé, había salido de Egipto. Esto había acaecido tras la muerte de todos los primogénitos de la tierra de Egipto. Aquella muerte había conmocionado al faraón y a su pueblo.

– Anuncio de la salvación

Pero al mismo tiempo, la muerte del Cordero sin defecto había sido un signo de salvación. Se habían salvado los hijos de Israel y habían podido, libres, dejar la condición de la esclavitud.

Todos tienen en la memoria aquella primera pascua: Jesús y los Apóstoles.

Aquella pascua era un anuncio. Era una “figura”. He aquí que ha llegado el tiempo del cumplimiento del anuncio.

Ha llegado el tiempo de la realidad, que es el cumplimiento de la “figura”.

El Hijo ha sido enviado por el Padre a fin de que se cumpla en Él el misterio del cordero sin defecto, cuya sangre libera: libera de la muerte. La muerte del alma es el pecado. El rechazo de Dios es la muerte del hombre, creado a imagen y semejanza de Dios mismo.

Opuesta a esta muerte es la vida que viene de Dios.

La última cena es un “tomar comida”. Comieron el cordero las hijas y los hijos de Israel antes de salir de Egipto. Este “tomar comida” ha quedado como la mayor fiesta de la antigua Alianza.

La comida sirve para sostener la vida mortal. Para introducirnos en el misterio de la vida inmortal que viene de Dios: Jesús toma el pan y el vino. Lo da a los discípulos. Dice: Tomad y comed... tomad y bebed (cfr. Mt 26,26-27).

Precisamente en este momento se cumple el anuncio eucarístico que había suscitado tantas dificultades entre los oyentes de las palabras de Jesús cerca de Cafarnaum: “¿Cómo puede éste darnos a comer su carne?” (Jn 6,52).

Cristo dice a los Apóstoles: “Tomad y comed todos de él, porque esto es mi cuerpo, que será entregado por vosotros... Éste es el cáliz de mi sangre... derramada por vosotros y por todos los hombres para el perdón de los pecados” (cfr. 1 Cor 11,24-25).

“Cada vez que coméis este pan y bebéis esta copa, anunciáis la muerte del Señor, hasta que venga” (1 Cor 11,26).

– Alimento para sostener la vida

El pan y el vino, la comida y la bebida, son indispensables para sostener la vida mortal. La muerte de Cristo –Cordero que quita el pecado del mundo– es indispensable para alcanzar la vida inmortal. Esta vida viene de Dios. Es el don de la redención de Cristo.

Al recibir este don, demos gracias. Una gracia especial, porque este don es el más grande. Por eso, el sacramento de la última cena se llama Eucaristía.

Desde este momento, desde el momento de la institución, vivimos de cumplimiento.

Cristo ha cumplido el anuncio eucarístico. Él -enviado por el Padre- tiene la plenitud de la vida “por el Padre”.

Nosotros, que comemos su carne, vivimos “por Él”.

Todo esto tuvo su comienzo en el cenáculo de Jerusalén en víspera de la Pascua, cuando Jesús, “habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo” (Jn 13,1).

“Hasta el extremo”: en el cuerpo “entregado”, en la sangre “derramada”, es el testimonio supremo del amor de Cristo que, muriendo por nosotros, nos ha dado la posibilidad de vivir por Él y -en Él- por el Padre.

Homilía a cargo de D. Justo Luis Rodríguez Sánchez de Alva

Durante cuarenta días la Iglesia nos ha ido preparando para el acontecimiento culminante de nuestra salvación: el Triduo Pascual. La Cena Eucarística (2º lect) es la Nueva y Eterna Alianza que sustituye a la del AT (2ª lect). Es un Jueves Santo rebosante de contenido: la institución de la Eucaristía, el sacerdocio ministerial, el amor hecho de servicio a todos los hombres, la comunidad eclesial.

La celebración de esta tarde enlaza con aquel Jueves en que Cristo se reúne con sus discípulos más íntimos. El misterio de la Presencia de Cristo en la mesa de este altar, mirándonos, oyéndonos y al que adoramos con profunda reverencia, une estos dos Jueves. El misterio elimina el tiempo y nos permite estar también con el Señor. En aquel Jueves sucedieron muchas cosas. Jesús había deseado ardientemente que llegara ese momento. Ante la inoportuna discusión por parte de los discípulos sobre quién sería el primero en el Reino, Jesús hizo ese servicio sorprendente de lavarles los pies uno a uno y que escandalizó a Pedro porque ésta era una tarea de esclavos. Fue una lección inolvidable. Les habló con una ternura inmensa: “Hijitos...”, les dice con cariñoso diminutivo. Les pide que se amen como Él les ha amado y realiza el prodigio de la Eucaristía. Se podría resumir la densidad y riqueza de esas horas con estas palabras de S. Juan: “los amó hasta el fin”.

“Es una cena testamentaria; afectuosa e inmensamente triste, al tiempo que misteriosamente reveladora de promesas divinas, de visiones supremas. Se echa la muerte encima, con inauditos presagios de traición, de abandono, de inmolación; la conversación se apaga enseguida, mientras la

palabra de Jesús fluye continua, nueva, extremadamente dulce, tensa en confianzas supremas, cerniéndose así entre la vida y la muerte” (Pablo VI, Hom. Misa Jueves Santo 1975).

El contraste entre el amor de Cristo en esta tarde y la traición de Judas que va a encabezar a los enemigos del Señor vendiéndolo por 30 monedas; la discusión de los suyos sobre la primacía en el Reino; el sueño de los tres más allegados a Jesús en Getsemaní; la huida de todos y las negaciones de Pedro, da a estos momentos una grandeza insuperable. El Evangelio pone justamente de relieve este contraste: “Sabido Jesús que había llegado la hora..., comenzó a lavar los pies de los discípulos”. El Maestro les dijo: “Entendéis lo que he hecho con vosotros...”. Es decir, la entrega servicial y el amor a los demás no deben detenerse ante nada ni ante nadie, ni siquiera ante la muerte por atroz e infamante que sea, porque ahí se demuestra el amor más grande.

Hoy es un día apropiado para meditar cómo estamos correspondiendo a ese amor del Señor; qué amor tenemos a la Sta. Misa y cómo preparamos la Comunión; si nos esforzamos por hacer del día y de nuestra vida una Misa, esto es, una entrega a Dios y a los demás; si menudean las visitas al Sagrario en la medida en que nuestras obligaciones lo permitan.

En aquel Jueves que se hace presente aquí, esta tarde, Jesús anticipó sacramentalmente el Sacrificio del Calvario. Esa muerte tenía un marcado carácter de expiación, de redención por los pecados del mundo. ¡Cuántas oraciones hay en la Sta. Misa que están travesadas por esta petición de perdón! Yo, ¿las hago más? “Señor, ten piedad... Tú que estás sentado a la derecha del Padre, ten piedad de nosotros, porque sólo Tú eres santo”, ¡nosotros hacemos aquí lo que podemos! ¿Arrancan estas oraciones de los estratos más hondos del corazón o se ha introducido la rutina?; “acepta, Señor, en tu Bondad, esta ofrenda... líbranos de la condenación eterna y cuéntanos en el número de tus elegidos”. “Señor Jesucristo que dijiste a tus apóstoles: la paz os dejo mi paz os doy, no tengas en cuenta nuestros pecados sino la fe de tu Iglesia...”, ¡Y tantas otras!

Luego llega la Comunión, que hoy tiene un relieve particular. ¿Nos hemos preguntado cómo serían las Comuniones de la Santísima Virgen cuando S. Juan celebrara la Sta. Misa y Ella se acercara para recibir al que había llevado en su seno virginal y traído a este mundo? Vale la pena meditarlo y rogarle que nos alcance del Señor algo de esa pureza, humildad y devoción suya.

Homilía basada en el Catecismo de la Iglesia Católica

«Los amó hasta el extremo»

I. LA PALABRA DE DIOS

Ex 12, 1-8. 11-14: Prescripciones sobre la cena pascual

Sal 115, 12-13.15-16bc.17-18: El cáliz que bendecimos es la comunión de la Sangre de Cristo

1Co 11, 23-26: Cada vez que coméis del pan y bebéis del cáliz, proclamáis la muerte del Señor

Jn 13, 1-15: Los amó hasta el extremo

II. LA FE DE LA IGLESIA

«El mandamiento de Jesús de repetir sus gestos y sus palabras “hasta que venga” (1 Co 11, 26), no exige solamente acordarse de Jesús y de lo que hizo. Requiere la celebración litúrgica por los apóstoles y sus sucesores del memorial de Cristo, de su vida, de su muerte, de su resurrección y de su intercesión junto al Padre» (1341).

«Así, de celebración en celebración, anunciando el misterio pascual de Jesús “hasta que venga” (1 Co 11, 26), el pueblo de Dios peregrinante “camina por la senda estrecha de la cruz” hacia el banquete celestial, donde todos los elegidos se sentarán a la mesa del Reino» (1344).

III. TESTIMONIO CRISTIANO

El amor cristiano es más que filantropía, es caridad que brota de la vida compartida en el mismo Cuerpo de Cristo, en la Iglesia de la Eucaristía: «Si vosotros mismos sois Cuerpo y miembros de Cristo, sois el sacramento que es puesto sobre la mesa del Señor, y recibís este sacramento vuestro. Respondéis “amén” (es decir, “sí” “es verdad”) a lo que recibís, con lo que, respondiendo, lo reafirmáis. Oyes decir “el Cuerpo de Cristo” y respondes “amén”. Por lo tanto, sé tú verdadero miembro de Cristo para que tu “amén” sea también verdadero (S. Agustín)» (1396).

IV. SUGERENCIAS PARA EL ESTUDIO DE LA HOMILÍA

A. Apunte bíblico-litúrgico

El término de la vida terrena de Jesús, de la Última Cena a la Resurrección, se enmarca en la Pascua antigua y en la Nueva: La Cena se celebra «Antes del día de la fiesta de la Pascua» antigua. Se relaciona así con aquella Pascua. Y la misma Cena se vincula, a su vez, con la Pascua Nueva: «Antes del día de la fiesta de la Pascua (antigua, la fiesta del paso del Dios salvador de su pueblo), sabiendo Jesús que había llegado la hora de pasar (su Nueva Pascua) de este mundo al Padre... estando cenando...». El paso de Jesús al Padre prolonga y supera a la Pascua antigua, es la Pascua Nueva.

El día de la Eucaristía se lee el evangelio del lavatorio de los pies, para destacar que la Eucaristía se frustra sin el servicio mutuo.

B. Contenidos del Catecismo de la Iglesia Católica

La fe:

La institución de la Eucaristía: 610; 1337-1344.

La Oración de la Hora de Jesús: 2746-2751.

La comunión de bienes espirituales y materiales: 949-953.

El respeto de la persona y la solidaridad imperativos del mandamiento nuevo: 1929-1933; 1939-1942.

Razón de ser del sacerdocio ministerial: 610; 1548-1553.

La respuesta:

La ofrenda de la Iglesia en la Eucaristía: 1368-1372.

La Iglesia de la Eucaristía, Iglesia de la caridad: 2074; 1396-1398.

El ministerio sacerdotal: 1551. 876-879.

C. Otras sugerencias

Si en verdad se participa de la Eucaristía, se participa de la Muerte del Señor. Si se participa de la Muerte del Señor, se ama como Él amó, «hasta el fin».

El ministerio es el servicio eclesial que acerca el Amor del Señor hasta la muerte a los miembros de la Iglesia.

HABLAR CON DIOS (www.hablarcondios.org)

La última cena del Señor.

– Jesús celebra la Última Cena con los Apóstoles.

I. Este Jueves Santo nos trae el recuerdo de aquella Última Cena del Señor con los Apóstoles. Como en años anteriores, Jesús celebrará la Pascua rodeado de los suyos. Pero esta vez tendrá características muy singulares, por ser la última Pascua del Señor antes de *su tránsito al Padre* y por los acontecimientos que en ella tendrán lugar. Todos los momentos de esta Última Cena reflejan la Majestad de Jesús, que sabe que morirá al día siguiente, y su gran amor y ternura por los hombres.

La pascua era la principal de las fiestas judías y fue instituida para conmemorar la liberación del pueblo judío de la servidumbre de Egipto. *Este día será para vosotros memorable, y lo celebraréis solemnemente en honor de Yahvé, de generación en generación. Será una fiesta a perpetuidad*¹. Todos los judíos están obligados a celebrar esta fiesta para mantener vivo el recuerdo de su nacimiento como Pueblo de Dios.

Jesús encomendó la disposición de lo necesario a sus discípulos predilectos: Pedro y Juan. Los dos Apóstoles hacen con todo cuidado los preparativos. Llevaron el cordero al Templo y lo inmolaron; luego vuelven para asarlo en la casa donde tendrá lugar la cena. Preparan también el agua para las abluciones², las “hierbas amargas” (que representan la amargura de la esclavitud), los “panes ácidos” (en recuerdo de los que tuvieron que dejar de cocer sus antepasados en la precipitada salida de Egipto), el vino, etc. Pusieron un especial empeño en que todo estuviera perfectamente dispuesto.

Estos preparativos nos recuerdan a nosotros la esmerada preparación que hemos de realizar en nosotros mismos cada vez que participamos en la Santa Misa. Se renueva el mismo Sacrificio de Cristo, que se entregó por nosotros, y nosotros somos también sus discípulos, que ocupamos el lugar de Pedro y Juan.

La Última Cena comienza a la puesta del sol. Jesús recita los salmos con voz firme y con un particular acento. San Juan nos ha transmitido que Jesús deseó ardientemente comer esta cena con sus discípulos³.

En aquellas horas sucedieron cosas singulares que los Evangelios nos han dejado consignadas: la rivalidad entre los Apóstoles, que comenzaron a discutir quién sería el mayor; el ejemplo sorprendente de humildad y de servicio al realizar Jesús el oficio reservado al ínfimo de los siervos: *se puso a lavarles los pies*; Jesús se vuelca en amor y ternura hacia sus discípulos: *Hijos míos...*, llega a decirles. “El mismo Señor quiso dar a aquella reunión tal plenitud de significado, tal riqueza de recuerdo, tal conmoción de palabras y de sentimientos, tal novedad de actos y de preceptos, que nunca terminaremos de meditarlos y explorarlos. Es una cena testamentaria; es una cena afectuosa e inmensamente triste, al tiempo que misteriosamente reveladora de promesas divinas, de visiones supremas. Se echa encima la muerte, con inauditos presagios de traición, de abandono, de inmolación; la conversación de apaga enseguida, mientras la palabra de Jesús fluye

¹ Ex 12, 14.

² Jn 13, 5.

³ Jn 13, 1.

continua, nueva, extremadamente dulce, tensa en confidencias supremas, cerniéndose así entre la vida y la muerte”⁴.

Lo que Cristo hizo por los suyos puede resumirse en estas breves palabras de San Juan: *los amó hasta el fin*⁵. Hoy es un día particularmente apropiado para meditar en ese amor de Jesús por cada uno de nosotros, y en cómo estamos correspondiendo en el trato asiduo con Él, en el amor a la Iglesia, en los actos de desagravio y de reparación, en la caridad con los demás, en la preparación y acción de gracias de la Sagrada Comunión, en nuestro afán de corredimir con Él, en el hambre y sed de justicia...

– Institución de la Sagrada Eucaristía y del sacerdocio ministerial.

II. Y ahora, mientras estaban comiendo, muy probablemente al final, Jesús toma esa actitud trascendente y a la vez sencilla que los Apóstoles conocen bien, guarda silencio unos momentos y realiza la institución de la Eucaristía.

El Señor anticipa de forma sacramental –“mi Cuerpo entregado, mi Sangre derramada”– el sacrificio que va a consumir al día siguiente en el Calvario. Hasta ahora la Alianza de Dios con su pueblo estaba representada en el cordero pascual sacrificado en el altar de los holocaustos, en el banquete de toda la familia en la cena pascual. Ahora, el Cordero inmolado es el mismo Cristo⁶ : *Esta es la nueva alianza en mi Sangre...* El Cuerpo de Cristo es el nuevo banquete que congrega a todos los hermanos: *Tomad y comed...* El Señor anticipó sacramentalmente en el Cenáculo lo que al día siguiente realizaría en la cumbre del Calvario: la inmolación y ofrenda de Sí mismo –Cuerpo y Sangre– al Padre, como Cordero sacrificado que inaugura la nueva y definitiva Alianza entre Dios y los hombres, y que redime a todos de la esclavitud del pecado y de la muerte eterna.

Jesús se nos da en la Eucaristía para fortalecer nuestra debilidad, acompañar nuestra soledad y como un anticipo del Cielo. A las puertas de su Pasión y Muerte, ordenó las cosas de modo que no faltase nunca ese Pan hasta el fin del mundo. Porque Jesús, aquella noche memorable, dio a sus Apóstoles y sus sucesores, los obispos y sacerdotes, la potestad de renovar el prodigio hasta el final de los tiempos: *Haced esto en memoria mía*⁷. Junto con la Sagrada Eucaristía, que ha de durar *hasta que el Señor venga*⁸, instituye el sacerdocio ministerial.

Jesús se queda con nosotros para siempre en la Sagrada Eucaristía, con una presencia real, verdadera y sustancial. Jesús es el mismo en el Cenáculo y en el Sagrario. En aquella noche los discípulos gozaron de la presencia sensible de Jesús, que se entregaba a ellos y a todos los hombres. También nosotros, esta tarde, cuando vayamos a adorarle públicamente en el *Monumento*, nos encontraremos de nuevo con Él; nos ve y nos reconoce. Podemos hablarle como hacían los Apóstoles y contarle lo que nos ilusiona y nos preocupa, y darle gracias por estar con nosotros, y acompañarle recordando su entrega amorosa. Siempre nos espera Jesús en el Sagrario.

– El Mandamiento Nuevo del Señor.

III. *La señal por la que conocerán que sois mis discípulos será que os amáis los unos a los otros*⁹.

⁴ PABLO VI, *Homilía de la Misa del Jueves Santo*, 27-III-1975.

⁵ *Jn* 13, 1.

⁶ *1 Cor*, 5, 7.

⁷ *Lc* 22, 19; *1 Cor*, 2, 24.

⁸ *1 Cor* 2, 26.

⁹ *Lavatorio de los pies*. Antífona 4. <4> *Jn* 13, 35.

Jesús habla a los Apóstoles de su inminente partida. Él se marcha para prepararles un lugar en el Cielo¹⁰, pero, mientras, quedan unidos a Él por la fe y la oración¹¹.

Es entonces cuanto enuncia el Mandamiento Nuevo, proclamado, por otra parte, en cada página del Evangelio: *Este es mi mandamiento: que os améis los unos a los otros como yo os he amado*¹². Desde entonces sabemos que “la caridad es la vía para seguir a Dios más de cerca”¹³ y para encontrarlo con más prontitud. El alma entiende mejor a Dios cuando vive con más finura la caridad, porque Dios es Amor, y se ennoblece más y más en la medida en que crece en esta virtud teologal.

El modo de tratar a quienes nos rodean es el distintivo por el que nos conocerán como sus discípulos. Nuestro grado de unión con Él se manifestará en la comprensión con los demás, en el modo de tratarles y de servirles. “No dice el resucitar a muertos, ni cualquier otra prueba evidente, sino ésta: *que os améis unos a otros*”¹⁴. “Se preguntan muchos si aman a Cristo, y van buscando señales por las cuales poder descubrir y reconocer si le aman: la señal que no engaña nunca es la caridad fraterna (...). Es también la medida del estado de nuestra vida interior, especialmente de nuestra vida de oración”¹⁵.

*Os doy un mandamiento nuevo: que os améis...*¹⁶. Es un mandato nuevo porque son nuevos sus motivos: el prójimo es una sola cosa con Cristo, el prójimo es objeto de un especial amor del Padre. Es nuevo porque es siempre actual el Modelo, porque establece entre los hombres nuevas relaciones. Porque el modo de cumplirlo será nuevo: *como yo os he amado*; porque va dirigido a un pueblo nuevo, porque requiere corazones nuevos; porque pone los cimientos de un orden distinto y desconocido hasta ahora. Es nuevo porque siempre resultará una novedad para los hombres, acostumbrados a sus egoísmos y a sus rutinas.

En este día de *Jueves Santo* podemos preguntarnos, al terminar este rato de oración, si en los lugares donde discurre la mayor parte de nuestra vida conocen que somos discípulos de Cristo por la forma amable, comprensiva y acogedora con que tratamos a los demás. Si procuramos no faltar jamás a la caridad de pensamiento, de palabra o de obra; si sabemos reparar cuando hemos tratado mal a alguien; si tenemos muchas muestras de caridad con quienes nos rodean: cordialidad, aprecio, unas palabras de aliento, la corrección fraterna cuando sea necesaria, la sonrisa habitual y el buen humor, detalles de servicio, preocupación verdadera por sus problemas, pequeñas ayudas que pasan inadvertidas... “Esta caridad no hay que buscarla únicamente en los acontecimientos importantes, sino, ante todo, en la vida ordinaria”¹⁷.

Cuando está ya tan próxima la Pasión del Señor recordamos la entrega de María al cumplimiento de la Voluntad de Dios y al servicio de los demás. ***La inmensa caridad de María por la humanidad hace que se cumpla, también en Ella, la afirmación de Cristo: nadie tiene amor más grande que el que da su vida por sus amigos (Jn 15, 13)***¹⁸.

¹⁰ Jn 14, 2-3.

¹¹ Jn 14, 12-14.

Jn 15, 12.¹²

¹³ SANTO TOMAS, *Coment. a la Epístola a los Efesios*, 5, 1.

¹⁴ IDEM, *Opúsculo sobre la caridad*.

¹⁵ B. BAUR, *En la intimidad con Dios*, Herder, Barcelona 1973, p. 246.

¹⁶ Jn 13, 34.

¹⁷ CONC. VAT. II, Const. *Gaudium et spes*, 38.

¹⁸ SAN JOSEMARÍA ESCRIVA, *Amigos de Dios*, 287.

FLUVIUM (www.fluvium.org)

Lección de amor

Podríamos resumir toda la doctrina de Nuestro Señor diciendo que nos enseñó a amar. Dios, que es amor, espera de sus hijos los hombres, ante todo, que amen: que amemos a su manera. Y en este día de Jueves Santo nos recuerda la Iglesia el momento en el que Jesús se ofrece, por amor, sacramentalmente a los hombres, anticipando la entrega que de sí mismo haría al día siguiente en la Cruz.

Como sabemos, san Juan no refiere en su evangelio la institución de la Eucaristía, que es esa anticipación sacramental de la Pasión del Señor. Ese momento ya había sido relatado por los otros evangelistas. Menciona san Juan, en cambio, otros muchos interesantes detalles de la última cena que precedió a la Pasión, entre ellos, el que nos ofrece hoy la liturgia de la Santa Misa de la Cena del Señor. Jesús, entregado a sus apóstoles en la tarea servil de lavarles los pies, parece que quiere aproximarse, con gestos cada vez más evidentes de amor, al momento sublime en que entrega como alimento para el hombre su propio cuerpo y su sangre.

Habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin, comenta el evangelista al introducir el detallado relato de aquella Última Cena. Hasta el fin los ama, porque ya no se puede más después de dar la vida como hará poco después. Y, a continuación, nos narra san Juan toda una concatenación de manifestaciones del amor de Cristo a sus discípulos, que culmina con su inmolación en la Cruz, entregando, precisamente a Juan, a su propia Madre. La primera de aquellas muestras de amor la víspera de padecer es el lavatorio de los pies a sus discípulos. Un gesto sorprendente en cualquier caso, pero más todavía siento el Señor –el superior por tantos motivos– quien lava los pies a los doce apóstoles; desempeñando una tarea que realizaban, en todo caso, los siervos.

Ese amor hasta el fin se manifiesta en concretos detalles de servicio. En primer lugar, en algo tan material como lavar los pies, con el cuidado de secarlos también personalmente, lo que contribuye más aún al bienestar físico de los discípulos. Después, nos contará el evangelista, que Jesús sale al paso de sus preocupaciones, cuando temen quedarse solos al abandonar Él este mundo; se adelanta a las dificultades que tendrán y les promete su protección para siempre en la tarea que les encomienda –su propia tarea–; ha de corregirles –otro modo de servicio y de amor– cuando, incluso en aquellas circunstancias, discuten entre ellos sobre quién sería el mayor; reprende a Pedro –porque lo quiere de verdad– que se considera mucho más fuerte de lo que es; y en el mismo Huerto de los Olivos –por amor como siempre– debe corregir a todos, porque no supieron acompañarle en su oración; hasta a Judas, el traidor, llamándole “amigo” le invita, aunque en vano, a rectificar.

A veces se ha dicho que cuando hay amor exigirse no cuesta; con lo que se quiere expresar que es más fácil esforzarse por quienes amamos. El cariño mueve al esfuerzo con gusto o sin él y, en general, a toda exigencia en favor de la persona amada. Ese empeño, muchas veces trabajoso y perseverante, es muestra clara de amor por alguien, de verdadero interés por un ideal. Y, hasta tal punto, que no nos sentiremos seguros de la sinceridad de nuestro amor mientras no estemos sinceramente dispuestos al sacrificio: la piedra de toque del amor es el dolor.

Los apóstoles dieron testimonio, con la entrega de su vida, de amor a Cristo y fidelidad al Evangelio. San Pablo hace memoria de los muchos padecimientos sufridos por ser leal con la fe y en la difusión del cristianismo, para mostrar a los primeros fieles su condición de apóstol. No está el verdadero amor –el amor con que queremos que nos amen– en manifestaciones de sentimentalismo o poco más. Para amar de verdad es preciso poner lo propio, lo mejor de uno mismo, aquello que

apreciamos más, al servicio de ese otro ser, de ese ideal. Sólo estaremos seguros de amar verdaderamente cuando nos sintamos ya sin ningún derecho frente a ese amor.

¿Qué derechos tiene una esclava? Así se siente, así quiere ser María para su Dios. Nada de Ella le importa junto a la Cruz de su Hijo, porque lo ama.

Mons. Josep Àngel SAIZ i Meneses Obispo de Terrassa (Barcelona) (www.evangelii.net)

«Si yo, el Señor y el Maestro, os he lavado los pies, vosotros también debéis lavaros los pies unos a otros»

Hoy recordamos aquel primer Jueves Santo de la historia, en el que Jesucristo se reúne con sus discípulos para celebrar la Pascua. Entonces inauguró la nueva Pascua de la nueva Alianza, en la que se ofrece en sacrificio por la salvación de todos.

En la Santa Cena, al mismo tiempo que la Eucaristía, Cristo instituye el sacerdocio ministerial. Mediante éste, se podrá perpetuar el sacramento de la Eucaristía. El prefacio de la Misa Crismal nos revela el sentido: «Él elige a algunos para hacerlos partícipes de su ministerio santo; para que renueven el sacrificio de la redención, alimenten a tu pueblo con tu Palabra y lo reconforten con tus sacramentos».

Y aquel mismo Jueves, Jesús nos da el mandamiento del amor: «Amaos unos a otros como yo os he amado» (Jn 13,34). Antes, el amor se fundamentaba en la recompensa esperada a cambio, o en el cumplimiento de una norma impuesta. Ahora, el amor cristiano se fundamenta en Cristo. Él nos ama hasta dar la vida: ésta ha de ser la medida del amor del discípulo y ésta ha de ser la señal, la característica del reconocimiento cristiano.

Pero, el hombre no tiene capacidad para amar así. No es simplemente fruto de un esfuerzo, sino don de Dios. Afortunadamente, Él es Amor y –al mismo tiempo– fuente de amor, que se nos da en el Pan Eucarístico.

Finalmente, hoy contemplamos el lavatorio de los pies. En actitud de siervo, Jesús lava los pies de los Apóstoles, y les recomienda que lo hagan los unos con los otros (cf. Jn 13,14). Hay algo más que una lección de humildad en este gesto del Maestro. Es como una anticipación, como un símbolo de la Pasión, de la humillación total que sufrirá para salvar a todos los hombres.

El teólogo Romano Guardini dice que «la actitud del pequeño que se inclina ante el grande, todavía no es humildad. Es, simplemente, verdad. El grande que se humilla ante el pequeño es el verdaderamente humilde». Por esto, Jesucristo es auténticamente humilde. Ante este Cristo humilde nuestros moldes se rompen. Jesucristo invierte los valores meramente humanos y nos invita a seguirlo para construir un mundo nuevo y diferente desde el servicio.